

vista desde mucho tiempo atrás, desde que abandonaron las islas de Santa Marta y San Vicente cuando ya el Caribe iba de vez en cuando, y el único además, aún por varios días, hasta encontrarse con los palangres de los pequeños barcos pesqueros en el Golfo de Guinea. ¿Habían sido ocho o diez días? Más de la mitad del viaje sin recibir señal de que alguna otra forma de vida humana quedase en la tierra, sin que nada rompiera aquella sensación de algo interminable, en constante movimiento, de predominio de la naturaleza.

Quizá por todo eso la vintena de hombres no cumplían la orden de regresar a las bodegas, luego de fumar un cigarrillo, para que otra tanda de soldados pudiera hacer lo mismo en la única área del buque en que se permitía hacer fuego. El mayor Garbey tuvo que acercarse a la baranda del puente de mando y haciendo con las manos de alfileres gritarle a Martínez:

—Un cigarrillo se fuma en siete minutos; en los entrepuentes los hombres están haciendo colas y también quieren fumar y mirar.

Entonces Martínez dijo: —Vamos, muchachos— y esperó que todos fueran subiendo la escalotilla hacia la cubierta superior junto al emplazamiento de las antiaéreas. Al final sólo quedaba el pequeño muchacho grueso de Santiago, de pie en el extremo más saliente de la popa, allí donde el piso de la nave quedaba como en el aire, sin sustentarse sobre la línea de flotación.

Martínez lanzó la colilla en el arranque del remolino pocos metros más abajo y lo tocó en el hombre. El muchacho se viró. —Parece mentira —dijo sonriendo.

Allá lejos, en la unión obsoleta de las dos esferas, nada se veía en el mar. Nada, salvo el espejo del sol en el agua. Igual que todos los días.

Las singladuras en el mapa del Atlántico en el cuarto de mando marcaban un rumbo poco usual: de Nurvitas, de donde zarparon a medianoche y como a escondidas para pasar inadvertidos por entre los buques extranjeros surtos en puerto, al Paso de los Vientos, al sur de Haití, a las Virgenes, a las islas de Sotavento del arco antillano, al norte de Venezuela, y luego en una diagonal casi recta cortando el océano, hasta Angola. Una ruta inusual, sin tráfico marítimo o aéreo, como correspondía a un barco con más de mil soldados en los entrepuentes, 24 T-55 en las bodegas inferiores y toneladas de explosivos y municiones. En proa un 76 mm como defensa; en popa dos cañones antiaéreos de tiro rápido; a baboy y a estribor dos tanques forrados en madera como grandes contramedios pero con los cañones fuera, en disposición de disparar sin muchas dificultades.

Antes de levar anclas, al no poder llevar el buque barrazas salvavidas suficientes para todo el mundo, arrojaron las que normalmente tenía para la tripulación.